# LA CAPRICHOSA CARICIA DEL VIENTO SOBRE LA PLUMA

FRANCISCO JAVIER RÓDENAS

Ana entra en la habitación muy despacio, casi con miedo. Avanza unos pasos pero se detiene antes de llegar a la cama. Sobre la colcha de ganchillo descansa su traje de Mora Vieja. Ella lo mira detenidamente, escrutándolo, analizando cada detalle, cada motivo bordado. Por un instante, cierra los ojos al tiempo que deja escapar, a través de la comisura de sus labios, un hondo suspiro.

–¿Qué haces ahí parada? –el repentino vozarrón de su hermano la rescata de su ensimismamiento –¡Qué no vamos a llegar a la Losilla!

–Un minuto –ruega Ana en un suspiro– dame sólo un minuto.

El muchacho sale del dormitorio renegando con la cabeza. Ana, ahora sí, recorre los escasos 40 cm. que le separan de la cama. Pasea delicadamente los dedos dejando que las yemas sientan la suavidad del raso y el abrupto relieve de los bordados.

Sintiéndose nuevamente cómplice de la soledad, cierra otra vez los ojos y se abandona a sus recuerdos, a aquellos días en que su padre todavía estaba vivo, a aquellas tardes en que era el traje de él, y no el de Ana el que descansaba sobre la cama.

–Tú tranquila, Anica, que cualquier día os dejan salir –trataba de consolarla el padre al advertir en sus ojos una mezcla de rabia y tristeza.

Y no se equivocaba, pero él no llegaría a verlo, no, nunca llegaría a ver a su hija desfilando de mora, vistiendo las galas de su querida comparsa.

A duras penas contiene una lágrima que amenaza con arruinarle el maquillaje. Trata de olvidarse, de centrar sus pensamientos en otros recuerdos más felices. Y evoca a la niña que, de la mano de su padre, se encaminaba a la Losilla. ¡Qué alto le parecía aquellas tardes de calor, qué elegante con sus rasos azules y rojos, con su chaleco flamantemente bordado, con la imponente pluma coronando su cabeza!

Acabada la Entrada, el padre la recogía y la llevaba donde los Chambileros para comprarle un Coyote.

–No es una tarta de cumpleaños –se excusaba él mientras le guiñaba el ojo– pero te lo comes más a gusto.

Ana se limitaba a sonreír mientras los mostachos de chocolate se derretían alrededor de su boca. Sin duda, su cumpleaños era muy especial, y no sólo por haber nacido un 5 de septiembre, sino también porque en ningún otro día del año se sentía tan cerca de su padre. Apenas era una chiquilla, pero esos intensos momentos compartidos con él le permitieron contagiarse por el amor que aquel hombre pequeño y alegre sentía por su comparsa.

Pero todo acabó de repente. "Éste es el último" le dijo su padre acabadas las Fiestas del año anterior, "es el último". Y aunque Ana no comprendía bien lo que quería decir, no necesitó más que un momento para que la cruda realidad se topara con ella de bruces.

–No lo entiendo –le preguntó aquella tarde a su padre con una inexplicable sensación de impotencia–¿por qué no puedo desfilar?

–Porque así son las cosas –trató de explicar escuetamente el hombre sin poder mantenerle la mirada a su hija.

–¿Es que he hecho algo malo?

–Nada, hija, pero es que ya eres muy mayor para salir.

–¿Y Antonio? ¿También él dejará de desfilar cuando tenga mi edad?

–No es lo mismo, tu hermano es hombre.

–¿Y eso que tiene que ver?

–No es ésa una mala pregunta –acertó a decir el padre mientras se alejaba– no, no lo es.

Y Ana no desfiló aquel año, ni el siguiente, ni tampoco todos los que llegaron después. Y aunque aprendió a mantenerse en un segundo plano, aunque intentó aceptar con resignación el papel que le había sido encomendado, un amargo regusto se adueñaba de su estómago cuando, llegada la tarde del día 5, su padre y su hermano se marchaban camino de la Losilla.

–Algún día, Anica, algún día –le susurraba su padre al oído al tiempo que, con un beso, le felicitaba el cumpleaños.

Después, padre e hijo salían llevándose tras de sí un cúmulo de sentimientos que, en el pasado, también le habían pertenecido a ella. La chica aún tenía tiempo de acercarse a la ventana del salón para observar el pausado caminar de los dos y la caprichosa caricia del viento sobre las plumas.

Cuando abre de nuevo los ojos, descubre que es ahora ella la observada. Desde el umbral, su madre sonríe con un extraño rictus que Ana no sabe bien si es de orgullo o de melancolía. La mujer se acerca para ayudar a su hija a ponerse el traje.

–Le habría gustado verte –le dice mientras le coloca la faja.

–Lo sé, madre, lo sé.

Ambas mujeres permanecen unos instantes en silencio, con la mirada perdida en la desvencijada butaca en que solía hacer la siesta el padre, la misma en la que tantas veces le leyera un cuento a su hija.

–¡Aún estás así! –vocifera Antonio desde la puerta –Que son las tres y media! ¡Que no vamos a llegar! ¡Que luego dirás que quieres ver pasar a la banda!

Madre e hija se apresuran. Unos minutos más tarde, Ana está completamente uniformada frente al espejo. Sin embargo, siente que le falta algo, siente que siempre le faltará algo. Después, ella y su hermano salen camino de la Losilla.

La madre se queda sola en la casa. Se acerca a la ventana del salón, como tantas veces hiciera Ana antes de la muerte de su padre. La mujer observa el pausado caminar de sus dos hijos y la caprichosa caricia del viento sobre las plumas.

Y mientras los dos hermanos se alejan, la mujer llora, llora silenciosamente. Y ni ella misma sabe bien si las lágrimas son de orgullo o de melancolía.